

Voy a usar el ensayo como un pretexto para problematizar la escritura académica o, mejor, para problematizar el modo como las políticas de la verdad dominantes en el mundo académico, y las imágenes del pensamiento y del conocimiento dominantes en el mundo académico, imponen determinados modos de escritura y excluyen otros, entre ellos el ensayo. Uno de mis maestros, el sociólogo británico Basil Bernstein, me enseñó que para saber la estructura profunda de una práctica institucional hay que interrogarse por lo que prohíbe. Si queremos comprender cómo funcionan las estructuras de producción, transmisión y control del conocimiento, quizá sea bueno intentar averiguar qué es lo que prohíben. Sólo así conoceremos sus límites y, por tanto, las reglas básicas de su funcionamiento. Lo que voy a tratar de hacer en lo que sigue es reflexionar sobre el ensayo como una de las figuras de lo excluido del espacio académico, al menos de las formas del saber y del pensar que dominan en el mundo académico. Y así, como por contraste, intentaré mostrar y problematizar algunas de sus reglas.

No sé si han advertido ustedes que, en lo que acabo de decir, he mezclado palabras como verdad, pensamiento, conocimiento, saber y escritura. De hecho he hablado del ensayo como de un “modo de escritura” normalmente excluida de un espacio de saber. Pero estarán ustedes de acuerdo conmigo en que los dispositivos de control del saber son también dispositivos de control del lenguaje y de nuestra relación con el lenguaje, es decir, de nuestras prácticas de leer y escribir, de hablar y de escuchar. Nuestro oficio en la academia tiene que ver con el saber, desde luego, pero estarán ustedes de acuerdo conmigo en que nuestro oficio es, básicamente, un oficio de palabras. Lo que nosotros hacemos, cada día, es escribir y leer, hablar y escuchar. Y podríamos decir, a partir de ahí, que el conformismo lingüístico está en la base de todo conformismo, que hablar como Dios manda, y escribir como Dios manda, y leer como Dios manda es, al mismo tiempo, pensar como Dios manda. Y podríamos decir también que no hay revuelta intelectual que no sea también, de alguna forma, una revuelta lingüística, una revuelta en el modo de relacionar la lengua con nosotros mismos y con aquello que la lengua nombra. O sea, que no hay modo de “pensar de otro modo” que no sea también “leer de otro modo” y “escribir de otro modo”.

Lo que a mí me gustaría hacer hoy aquí es abrir una conversación en la que reflexionáramos juntos sobre nuestras propias experiencias de escritura y de lectura en el mundo académico. Todo lo que voy a decir no es sino una serie de anotaciones orientadas a provocar esa conversación. Por eso voy a ser exagerado, irónico, caricaturesco, violento, tosco y a veces, descuidado en algunas de mis consideraciones, es decir, voluntariamente provocativo.

¹ Publicado en *Revista Propuesta Educativa*, Año 12, Nº 26, Buenos Aires, FLACSO, julio 2003.

Para esta provocación voy a tomar como pretexto un texto célebre que Adorno escribió en 1954 y que se titula “El ensayo como forma”². Pero debo dejar claro desde aquí que esto no es una conferencia sobre Adorno, o sobre ese texto de Adorno, sino sobre el ensayo y la escritura académica. Es decir que el texto de Adorno me va a servir para ordenar un poco las ideas y para dotarme de un punto de anclaje. Por eso voy a citarlo, a parafrasearlo y a comentarlo de una forma bastante libre, bastante extravagante, casi salvaje... leyéndolo en una asociación libre de ideas, y anotando al margen, o al paso, todo lo que se me ocurre en relación al texto, aunque no venga del todo a cuento o aunque parezca un poco traído por los pelos.

Y eso con una intención que está inscrita en las últimas líneas del escrito de Adorno. Estas últimas líneas dicen así: *“la más íntima ley formal del ensayo es la herejía. Por violencia contra la ortodoxia del pensamiento se hace visible en la cosa aquello que la ortodoxia quiere mantener oculto, aquello cuya ocultación es el fin objetivo y secreto de la ortodoxia”*. De lo que se trata entonces es de que la herejía y la violencia del ensayo pongan de manifiesto los dispositivos lingüísticos y mentales de la ortodoxia, lo que la ortodoxia no puede sino ocultar. Eso es lo que quiso hacer Adorno, rindiendo de paso un homenaje a su amigo Walter Benjamin, uno de los grandes excluidos de la universidad alemana, y eso es lo que quisiera que hiciéramos nosotros aquí.

Pero antes de empezar con el texto de Adorno, me gustaría decir algo de una escritora española, malagueña, que se llama María Zambrano y así, de paso, recordamos también a otra excluida de la academia. María Zambrano es una pensadora de difícil clasificación (como casi todos los autores interesantes, todos esos que no sabemos muy bien cómo ubicarlos en el casillero de las especialidades universitarias) que dedicó parte de su obra a problematizar los géneros literarios en su relación con la vida. La obra de María Zambrano intenta fundar una “razón vital” en la línea de Ortega (ella fue discípula de Ortega antes la guerra civil española), pero una razón vital que se le va haciendo poco a poco, y por su propia necesidad, “razón poética”. Lo que ocurre es que, en tanto que razón poética, la razón zambraniana, el *logos* zambraniano, no puede dejar de problematizar constantemente sus relaciones con la vida, no puede dejar de pensar una y otra vez su carácter vital, su vitalidad específica. Pues bien, en uno de esos escritos en los que María Zambrano problematiza los géneros literarios en su relación con la vida, en un texto que se titula “La Guía como Forma del Pensamiento”³ y que es una especie de nota al margen a la *Guía de Perplejos* de Maimónides, y seguramente también a la *Guía Espiritual* de Miguel de Molina, María Zambrano hace una consideración histórica que viene aquí a cuento y que me gustaría resumir. Lo que viene a decir allí la escritora malagueña es que el triunfo de la filosofía sistemática (el triunfo de la forma sistemática de hacer filosofía) y el triunfo de la razón tecnocientífica (el triunfo de la forma tecnocientífica de la razón) derrotan otras formas de escritura que había tenido gran importancia durante el

² Adorno, T.W. “El ensayo como forma” en *Notas de literatura*. Ariel. Barcelona 1962.

³ En *Hacia un saber sobre el alma*. Alianza. Madrid 1987.

Renacimiento y el Barroco. Y entre esas formas de escritura derrotadas y vencidas está el ensayo, desde luego, pero también están otros géneros como las epístolas morales, los diálogos filosóficos, las guías espirituales, los tratados breves, las confesiones, las consolaciones, etc., todas ellas difícilmente clasificables en las actuales divisiones del saber. Son obras y autores que se estudian a veces en la historia del pensamiento, a veces en la historia de la literatura: para nosotros (e insisto en este “para nosotros”), esas formas derrotadas son formas híbridas, impuras, ambiguas y, seguramente, menores desde el punto de vista de lo que “hoy” entendemos por “filosofía”. Esas formas de escritura, continúa diciendo María Zambrano, tuvieron gran importancia en los países del sur de Europa: en España, Italia, y Francia. Por eso su derrota implica también la marginalización de esos países y su relegación a la periferia de la cultura vencedora y hoy dominante.

Podríamos decir, simplificando mucho, que la filosofía en el sentido escolar y sistemático de la palabra, la filosofía de los profesores de filosofía, la filosofía académica universitaria, es algo que hacen bien sobre todo los alemanes y los franceses. Y podríamos decir también que la investigación empírica es algo que hacen bien sobre todo los gringos. Y lo que hacemos nosotros es tratar de imitarlos tarde y mal y con pocos recursos. Estarán ustedes de acuerdo conmigo en que la filosofía escolar y sistemática se hace en la Biblioteca, requiere de la Biblioteca como su condición de posibilidad, y la Biblioteca con mayúsculas, la biblioteca de verdad, el resultado de siglos de erudición, está en Alemania y en Francia. Y supongo que también concordarán conmigo en que la investigación empírica se hace con dinero, y el dinero está en los Estados Unidos. Lo que quiero decir es que el triunfo de esas formas de conocimiento colocó a los países latinos y latinoamericanos en una situación de dependencia intelectual. Y es esa situación de dependencia la que nos ha convertido o bien en administradores de algún filósofo extranjero, o bien en seguidores del último paradigma científico que los gringos se han inventado, expoliando y simplificando la mayoría de las veces la cultura europea.

Yo no sé si alguna vez ustedes se han encontrado en la situación de tener que escribir por encargo un artículo en alguna revista internacional. Uno de esos artículos que tratan sobre cosas como “la filosofía de la educación en España”, “la psicolingüística en Argentina” o “los estudios culturales no sé donde”. Normalmente, cuando un español o un argentino es invitado a escribir en una de esas revistas internacionales (esto es, gringas), se supone de entrada que no tiene nada interesante que decir, que lo único que puede hacer es un artículo que se titule “la filosofía de la educación en España”, para que cuente de una forma breve y resumida qué es lo que hay en sus universidades, qué es lo que hacen. En filosofía, por ejemplo, se trata de un ejercicio patético en el que uno solamente puede listar el nombre de algunos de sus amigos y de algunos de sus colegas como representantes de algún filósofo “de verdad”. Porque en España, como supongo que aquí, tenemos de todo: unos cuantos habermasianos, unos cuantos foucaultianos, algún especialista en Rorty y en el pragmatismo americano, varios

representantes de Heidegger, algún que otro gadameriano, etc., y si hay algo que falta, ya debe de haber alguien aspirando a la vacante. Lo mismo sucede con la investigación empírica. E incluso los temas que se ponen de moda, digamos políticamente, suelen tratarse en nuestros lares mimetizando lo que viene de otro lugar. Esta situación (y el hecho correspondiente de que somos nosotros los que tenemos que leer inglés o alemán para poder escribir en castellano, y no al revés, o de que somos nosotros los que tenemos que ir a estudiar a sus universidades para ganarnos una posición en las nuestras, y no al revés) sería el resultado de la inteligente observación de María Zambrano según la cual la marginalización de ciertas formas de racionalidad y de escritura supone la subordinación de ciertos lugares de producción intelectual.

España y Latinoamérica no son tierras de filósofos, al menos en el sentido de la filosofía sistemática. En España se dice “filósofo”, no de un profesor de filosofía, sino de una persona de esas personas “sabias”, a veces “sabiendas”, que hablan despacio, pensando las frases, sentenciosamente. Y de ellas se dice que es “un Séneca”, se dice: “es que éste tipo es un Séneca” o “un Unamuno”. Y es curioso porque ni Séneca ni Unamuno fueron filósofos en el sentido de la filosofía sistemática, escolar y pura. La obra de Séneca es una obra completamente híbrida (repito, desde nuestras actuales clasificaciones) y no se sabe si pertenece a la filosofía o a la literatura, y lo mismo pasa con Unamuno. Estas no son tierras de filósofos ni son tierras de científicos; son tierras de poetas, de novelistas, y también de magníficos ensayistas, además, claro está, de ser tierras de militares, de curas, y de revolucionarios.

De hecho, una de las primeras veces que la expresión “razón poética” aparece en María Zambrano es en el contexto de su lectura de Antonio Machado. Y ahí dice María Zambrano, en ese vocabulario de los años treinta, que el alma española se expresa poéticamente. Y esa expresión poética la hace estar más cerca de la vida concreta. Desde su vitalismo, María Zambrano objeta a la filosofía sistemática y a la razón tecnocientífica el hecho de que se aparten de la vida y de que quieran después reformarla violentamente. Los programas de “reforma del entendimiento”, de “reforma del pensamiento” y de “reforma de la razón” que atraviesan la cultura occidental desde el siglo XVII hasta el siglo XX pasan por hacer violencia a la vida, por violentar a la vida haciendo que se ajuste a los moldes de la razón. Y ante esa violencia, dice María Zambrano, la vida queda humillada y se venga rencorosamente. María Zambrano dice que la razón no debe dominar a la vida, sino que tiene que enamorarla, y que justamente aquellas formas de escritura que tenían la capacidad de enamorar a la vida, es decir, de capturarla y de dirigirla desde adentro, son las que han desaparecido. María Zambrano hace una reivindicación de los géneros menores, impuros y dominados justamente por eso, porque mantenían esa relación con la vida que los géneros mayores, puros y hoy dominantes han perdido. Y esa reivindicación tiene también algo de reivindicación nacional. Lo diré en voz baja y como entre paréntesis, pero me parece que uno de los efectos saludables

de la obra de María Zambrano es que reconcilió al pensamiento español con su propia tradición. En el pensamiento español ocurría una cosa que seguramente ocurre aquí también, y es que la gente tiene una cierta tendencia a impostar bibliotecas ajenas. Por ejemplo, los lectores de Foucault, cuando hablan de literatura, reproducen la biblioteca literaria de Foucault (Valéry, Breton, Artaud, Bataille, Roussel), y lo mismo hacen los lectores de Heidegger cuando leen a Rilke o a Hölderlin. Y lo que ha hecho María Zambrano es como dar permiso a los pensadores españoles a ocuparse de nuestra literatura.

La cuestión es que, si hemos de hacer caso al diagnóstico de María Zambrano, vivimos malos tiempos para el ensayo. Pero yo creo que si miramos las cosas desde otro lugar ese diagnóstico se podría invertir: quizá estemos viviendo buenos tiempos para el ensayo, quizá se esté produciendo ya un ambiente cultural favorable a esa forma híbrida, impura y sin duda menor que es el ensayo. En primer lugar, por ejemplo, por la disolución de fronteras entre filosofía y literatura o, por decirlo breve y mal, entre escritura -digámoslo así- pensante o cognoscitiva, y entre escritura -digámoslo así- imaginativa o poética. En segundo lugar, se me ocurre, por el agotamiento de la razón pura moderna y de sus pretensiones de ser “la única razón”. Y en tercer lugar, y quizá no sea la menos importante, por el aburrimiento. Tengo la sensación de que en el mundo académico la gente está cada vez más aburrida de oír siempre las mismas cosas dichas en el mismo registro arrogante y monótono, y hay como una necesidad de salir de ese aburrimiento y una cierta expectativa hacia cualquier registro de escritura que se presente al menos como distinto. Tengo la impresión de que tanto la filosofía sistemática como la razón tecnocientífica han entrado en crisis (aunque todavía sean dominantes en las instituciones) y que por eso han vuelto los tiempos del ensayo.

Pero vamos ya con el texto de Adorno. Adorno comienza su escrito diciendo que el ensayo es un género impuro y que lo que se le reprocha es, justamente, su impureza. La razón dominante *“acota el arte como reserva de irracionalidad, identifica el conocimiento con la ciencia organizada y elimina por impuro lo que no se somete a este antítesis”*. El ensayo confundiría o atravesaría la distinción entre ciencia, conocimiento, objetividad y racionalidad por un lado y arte, imaginación, subjetividad e irracionalidad por el otro. Lo que hace el ensayo es poner en cuestión las fronteras. Y las fronteras, como todos ustedes saben, son gigantescos mecanismos de exclusión. Lo peor que le puede pasar a una persona que tenga pretensiones de escribir filosofía es que alguien le diga: “eso que usted escribe no es filosofía”. Ese reproche lo escuchó Nietzsche, lo escuchó Foucault, lo escuchó Benjamin: “eso que usted hace está muy bien, pero es cualquier cosa menos filosofía”. Y lo peor que le puede pasar a alguien que tenga pretensiones literarias o poéticas es que le digan: “esto no es poesía, será lo que usted quiera pero no es poesía”, o si se trata de un pintor: “esto no es pintura”. Y eso lo escucharon todos los poetas y todos los pintores que han modificado lo que significa “poesía” o lo que significa “pintura”. Porque en todos esos lugares, cada vez que alguien se toma su práctica en serio, lo que pone en cuestión es justamente la frontera de lo que sería la filosofía,

poesía o pintura. Lo que se pone en cuestión es, justamente, la definición estándar de lo que cabe dentro de la filosofía, dentro de la pintura, dentro de la poesía. Por eso son precisamente todos esos cuestionadores de fronteras los que han ampliado el ámbito de lo visible al enseñarnos a mirar de otra manera, el ámbito de lo pensable al enseñarnos a pensar de otro modo, y el ámbito de lo decible, al enseñarnos a hablar de otro modo. La cuestión es que el mundo académico está altamente compartimentado y tengo la sensación de que toda esa moda de la transdisciplinariedad, la interdisciplinariedad y cosas por el estilo no hace otra cosa que abrir nuevos compartimentos, como si no fuera suficiente con los que ya tenemos. Es como si estuviésemos fabricando especialistas en la relación, en la síntesis, en lo “inter” y en lo “trans”, como si hubiera una política académica del mestizaje, un control académico del mestizaje, como si además de las razas puras hubiésemos inventado a los especialistas en las impurezas, es decir, en las relaciones entre las razas puras.

Además de confundir las distinciones entre ciencia, arte y filosofía, el ensayo se da una libertad temática y formal que no puede sino molestar en un campo tan reprimido y tan regulado como el del saber organizado. A ese respecto Adorno señala que el ensayo se ve aplastado por una ciencia organizada en la que todos se abrogan el derecho a controlar a todos. La ciencia organizada es el lugar de los controles, el lugar de los jurados, de los tribunales, de las evaluaciones, de las jerarquías, y excluye con el aparente elogio de “interesante” o “sugerente” lo que no está cortado con el patrón del consenso. La frase de Adorno es que *“la elogiosa calificación de écrivain sirve aún hoy para tener excluido del mundo académico al destinatario del elogio”*. No sé si les ha pasado a ustedes alguna vez una cosa que a mí me pasa con cierta frecuencia, y es que cuando le pasas un escrito a un colega, y como no sabe qué decir, te dice: “¡es muy interesante, muy sugerente!”. A mí me hace mucha gracia el calificativo vacío de “sugerente”. Todo aquello que no entra en el patrón de algunos de los paradigmas reconocidos, todo aquello que no se ajusta a las clasificaciones al uso, todo aquello que no se sabe lo que es y para qué sirve, es suprimido e ignorado por el aparente elogio de “sugerente”. Y también se es excluido con el aparente elogio de “está muy bien escrito”, como quien dice: “no sé lo que hacer con lo que usted escribe, no sé que pensar, más bien creo que no sirve para nada, pero está bien escrito”.

La impureza y la libertad del ensayo son, según Adorno, las principales dificultades para su aceptación. Respecto a la libertad, yo creo que Adorno tiene aún razón: la libertad intelectual es una cualidad en retroceso cuando triunfa la ciencia organizada y la filosofía sistemática. Ya Deleuze decía que tanto la Epistemología como la Historia de la Filosofía son grandes dispositivos de represión del pensamiento. Pero respecto a la pureza, pienso que los enemigos del ensayo no son los filósofos puros, los científicos puros o los artistas puros, sino los administradores de la pureza, los especialistas en la compartimentación, los que no saben hacer otra cosa que sustentar y administrar fronteras. El ensayo no estorba a un filósofo, a un escritor, a un artista o a un científico “puros”, pero estorba sin duda a los administradores de la pureza, a los burócratas de la compartimentación universitaria. Adorno habla de los que

santifican los cajones culturales, de los que idealizan la limpieza y la pureza, de los que exigen al espíritu *“un certificado de competencia administrativa, para que no rebase las líneas-límite culturalmente confirmadas de la cultura oficial”*.

Otro rasgo con el que Adorno, indirectamente, califica al ensayo podría formularse así: el ensayista es un lector que escribe: su medio de trabajo es la lectura y la escritura. El ensayista es un lector que escribe, y un escritor que lee. George Steiner decía que un intelectual es un tipo que lee con un lápiz en la mano: un lector que escribe. Y podríamos decir también, me parece, que un intelectual es un tipo que escribe sobre una mesa llena de libros: un escritor que lee. Desde ese punto de vista, el ensayista está más cerca del antiguo “hombre de letras” que del especialista o del profesor, aunque pueda tener una especialidad y pueda dedicarse a la enseñanza. El “hombre de letras” es más bien el hombre culto, el hombre cultivado y el mismo Adorno señala que la falta de aceptación del ensayo en Alemania deriva de que ese país *“apenas conoce históricamente al Homme de Lettres”*. Para el ensayista la escritura y la lectura son su tarea, su medio de trabajo, pero también su problema. El ensayista problematiza la escritura cada vez que escribe y problematiza la lectura cada vez que lee, o dicho de otro modo, es un tipo para el cual la lectura y la escritura son, entre otras cosas, lugares de experiencia o, dicho todavía de otro modo, es alguien que está aprendiendo a escribir cada vez que escribe, y aprendiendo a leer cada vez que lee: alguien que está ensayando su propia escritura cada vez que escribe y que está ensayando sus propias modalidades de lectura cada vez que lee.

A mí me parece sintomático que en el territorio académico se problematice el método pero no la escritura. La imagen dogmática del conocimiento y del pensamiento oculta que lo que hacemos la mayor parte de nuestro tiempo es leer y escribir. Y lo oculta, simplemente, dando por supuesto que ya sabemos leer y escribir: dando por supuesto que leer no es otra cosa que comprender el pensamiento, las ideas o el contenido, o la información que hay en el texto, y que escribir no es otra cosa que poner en negro sobre blanco lo que uno ya ha pensado o lo que uno ya ha averiguado, es decir, lo que uno ya piensa y lo que uno ya sabe. En palabras de Adorno, el mundo académico supone que *“el contenido es indiferente a la exposición”*, y es en ello en lo que, por temor al subjetivismo, se acerca al dogmatismo.

Cuando Adorno dice que *“la elogiosa calificación de escritor sirve aún hoy, para mantener excluido del mundo académico a quien recibe tal calificativo”* está diciendo también que, según el mundo académico, el académico no es un escritor. A mí me pasó una vez una cosa muy graciosa y muy sintomática: pasé un año en Londres estudiando con una beca pos-doctoral en un departamento de sociología, y allí había un curso para los estudiantes del tercer mundo que se titulaba “habilidades de escritura para finalidades académicas”. Y ahí entendí por qué los ingleses y los gringos escriben todos los *papers* igualitos, por el tipo de estricta socialización en la escritura académica que han recibido. Un día aprendíamos cómo se empieza un

capítulo, y la profesora nos traía las primeras páginas de diez o doce capítulos, independientemente del tema, y había que seguir el modelo. Otro día aprendíamos cómo se pone un ejemplo, cómo se interrumpe la argumentación para elaborar un ejemplo. Otro día aprendíamos a hacer un resumen, un *abstract*. Y así, poco a poco, todos aprendíamos a escribir de un modo mecánico y estandarizado, sin estilo propio.

La cuestión es que, desde el punto de vista de la imagen dogmática del pensamiento, el académico no es un escritor. Y podría decirse también que el académico no es un lector. No se si ustedes se habrán dado cuenta de que ahora nadie estudia, o lee, sino que investiga, es decir, que la lectura académica es investigación. La biblioteca ya no es lugar de la lectura o el lugar del estudio, sino el lugar de la investigación, y el investigador es un tipo muy particular de lector: el lector de la novedad, de la apropiación, de la prisa. Hubo un momento, yo no se si aquí pasó lo mismo, que estuvo de moda en España que en las universidades se dieran cursos de lectura rápida, porque había que leerlo todo, y en muy poco tiempo, y sólo para seleccionar enseguida lo que al investigador le es útil para su trabajo. En este sentido, el lector académico es el que siempre tiene ganas de leer, pero que nunca tiene tiempo para leer, simplemente porque no se puede llamar “leer” a ese deslizarse apresuradamente por los textos obligatorios desde el punto de vista de la apropiación. El académico es el que lee por obligación, y también, al mismo tiempo, el que lee juzgando lo que lee, colocándose a favor o en contra, mostrando su acuerdo o su desacuerdo, diciendo sí o no. El espacio académico ha olvidado seguramente la lentitud de la lectura, la delicadeza de la lectura, esa forma de tratar al texto como a una fuerza que te lleva más allá de ti mismo, que te lleva más allá de lo que el texto dice, de lo que el texto piensa o de lo que el texto sabe. Se ha olvidado, o nunca se ha aprendido, el arte de la lectura como lo define Nietzsche en el prólogo de *Aurora*: “*leer despacio, con profundidad, con intención honda, a puertas abiertas y con ojos y dedos delicados*”.

El ensayista está también del lado de la figura del librepensador. Adorno escribe lo siguiente: “*en Alemania el ensayo provoca a la defensa porque recuerda y exhorta a la libertad del espíritu, la cual, desde el fracaso de una tibia ilustración ya fracasada en los días de Leibniz, no se ha desarrollado suficientemente ni aún hoy, bajo las condiciones de la libertad formal, sino que siempre ha estado dispuesta a proclamar como su más propia aspiración el sometimiento a cualquier instancia. Pero el ensayo no admite que se le prescriba su competencia*”. Alemania -dice Adorno- no conoce históricamente ni al hombre de letras ni tampoco al librepensador, por lo tanto no ha desarrollado el terreno cultural favorable al ensayo. La pregunta sería si el espacio académico no se parece cada vez más a Alemania. Quizás otra cosa interesante de esa cita de Adorno es el hecho de que el librepensador aparece ligado a la libertad formal. La libertad de espíritu no sólo tiene que ver con la libertad de decir lo que uno quiera, sino también con la libertad de decirlo como uno quiera. La libertad de expresión tiene así un doble sentido: libertad de expresar libremente ideas y pensamientos,

pero también libertad de expresión, en el modo de expresión, en el modo de escritura. Y el espacio académico seguramente es el espacio de la disciplina en la expresión, el espacio en el que la disciplina de espíritu, el decir lo que hay que decir, está doblada en disciplina en la expresión, el decirlo como se tiene que decir, como dios manda.

Otro rasgo del ensayo, según el texto de Adorno, es que está del lado del juego y de la aventura. La frase de Adorno es la siguiente: *“el esfuerzo del ensayo refleja aún algo del ocio de lo infantil que se inflama sin escrúpulos con lo que ya otros han hecho. El ensayo refleja lo amado y lo odiado en vez de presentar el espíritu según el modelo de una ilimitada moral del trabajo. Fortuna y juego le son esenciales. No empieza por Adán y Eva, sino por aquello de que quiere hablar; dice lo que a su propósito se le ocurre, termina cuando él mismo se siente llegado al final, y no donde no queda ya resto alguno: así se sitúa entre las diversiones”*. La palabra “diversión” funciona aquí en el sentido de divagación, de extravagancia. El ensayista es un pasante, un paseante, es un divagador, un extra-vagante, pero el mundo académico está ligado, como dice Adorno, a la moral del trabajo. ¿Han pensado ustedes alguna vez en las consecuencias que tiene el que llamemos “trabajo” a nuestros escritos, y también a los “trabajos” de nuestros alumnos? Yo creo que merece una reflexión el hecho de que llamemos “trabajos” a los ejercicios del pensamiento, de la creación, de la producción intelectual, a todo lo que hacemos y a todo lo que hacemos hacer. La pregunta es qué ocurre cuando la academia se organiza bajo el modelo de trabajo. Nietzsche tiene palabras magistrales sobre el erudito o el especialista como proletario del conocimiento aplastado por la división del trabajo y por la necesidad de producir para el mercado. El especialista -escribió Nietzsche en alguna de las Intempestivas- es semejante al obrero de fábrica que durante toda su vida no ha hecho otra cosa que determinado tornillo para determinado utensilio, en el que indudablemente tendrá increíble maestría, pero ya no está en condiciones de leer por placer. Yo creo que la organización del espacio académico bajo el modelo de trabajo es una tendencia creciente, imparable y que nadie discute. Se discute la forma de evaluación del trabajo universitario, la forma de incrementar la productividad o la competitividad de profesores y alumnos, cómo hacer para que los alumnos abandonen menos, cómo hacer para que la gente trabaje más, cómo hacer para rentabilizar lo que se hace, cómo responder mejor a las demandas del Capital y del Estado (eso que ahora se llama “demanda social”), pero el pensar todo lo que hacemos bajo el modelo del trabajo, al modo del trabajo, es un presupuesto indiscutido en el que coinciden la izquierda y la derecha, los progresistas y los conservadores, los científicos y los humanistas, todos los sectores universitarios.

El ensayo -escribe también Adorno en la cita que he leído antes- refleja lo amado y lo odiado en vez de presentar al espíritu como creación a partir de la nada. El ensayista no parte de la nada sino de algo preexistente, y parte, sobre todo, de sus pasiones, de su amor o de su odio por lo que lee. Pero amor y odio no es lo mismo que estar de acuerdo o en desacuerdo, no es lo mismo que la verificación o la refutación, no tiene nada que ver con la verdad y el error. El

ensayista, cuando lee, se ríe o se enfada o se emociona o piensa en otra cosa que su lectura le evoca. Y su ensayo, su escritura ensayística, no borra ni su risa, ni su enfado, ni sus emociones, ni sus evocaciones. No puedo dejar de traer aquí a colación una *boutade* de Deleuze: “*aquellos que leen a Nietzsche sin reírse, y sin reírse mucho, y a veces a carcajadas, es como si no lo leyeran*”. Podríamos decir que el que lee a Nietzsche riéndose tal vez escriba un ensayo, el que lee a Nietzsche sin reírse escribirá una tesis doctoral, como también escribirá una tesis doctoral el que quizá ríe cuando lee a Nietzsche pero escribe ocultando esa risa, haciendo como si no se hubiera reído. La escritura académica es alérgica a la risa, porque es alérgica a la subjetividad y a la pasión.

Otro rasgo del ensayo, según Adorno, es que está anclado en el tiempo, incrustado en el tiempo, y por eso acepta y asume su propio carácter perecedero y efímero, su propia finitud. Digamos que el ensayista no lee y escribe para la eternidad, intemporalmente, y tampoco lee y escribe para todos o para nadie, sino para un tiempo y para un contexto cultural concreto y determinado. La cita de Adorno, con algunas elipsis, es la siguiente: “*(el ensayo) se yergue contra esa vieja injusticia hecha a lo perecedero (...). Retrocede espantado ante la violencia del dogma de que el resultado de la abstracción, el concepto atemporal e invariable, reclama dignidad ontológica en vez del individuo subyacente y aferrado por él (...). No se deja intimidar el ensayo por los ataques de la más depravada meditación profundidad que afirma que la verdad y la historia se contraponen irreconciliablemente*” y un poco más adelante “*Un nivel de abstracción más alto no otorga al pensamiento dignidad mayor ni mayor contenido, sino que más bien se volatiliza éste con el proceso de abstracción, y el ensayo se propone precisamente corregir algo de esa pérdida*”.

El ensayista sabe que verdad e historia se dan juntas, por eso escribe en la historia y para un momento concreto: en el presente y para el presente. ¿Para quién escribe el académico? Yo creo que hay dos posibilidades. En primer lugar está el que escribe para la humanidad, definida intemporalmente; y está también el que escribe para la propia comunidad académica definida en términos de actualidad, de presente, pero aquí el carácter perecedero de la escritura tiene otro sentido que el del ensayo. El ensayo acepta su carácter de “palabra en el tiempo”, pero escribir para la comunidad académica actual tiene más bien el sentido de la obsolescencia de la mercancía, el sentido de la caducidad particular de todo lo que se da en la forma de la mercancía. En el mundo académico uno ya sabe que todo lo que se escribe es caduco, pero es caduco como mercancía, como “novedad”. No es efímero porque esté localizado en una temporalidad específica y porque se hunda en esa temporalidad. Hablando de nuestra experiencia y exagerando un poco podríamos decir, quizá, que el académico escribe para el comité de evaluación, para el jurado de la tesis o para el evaluador del *paper*. La cosa es tan seria que se escribe para que nadie lea y, lo que es más grave, se escribe con los criterios que se presuponen en el evaluador. La pregunta ahora podría ser ¿cómo lee el evaluador? El evaluador del *paper* empieza, por lo general, por las conclusiones, atraviesa de

atrás para adelante las notas a pie de página, con ello ve si las referencias están actualizadas y si tienen que ver con el tema, luego, si continúa, si no ha decidido ya que va a rechazar el texto, continúa con las hipótesis de partida y, la mayoría de las veces, el contenido del texto es ignorado.

El ensayo, dice también Adorno, no tiene pretensión de sistema o de totalidad, y tampoco toma totalidades como su objeto o su materia. El ensayo es fragmentario y parcial y selecciona fragmentos como su materia. El ensayista selecciona un corpus, una cita, un acontecimiento, un paisaje, una sensación, algo que le parece expresivo y sintomático, y a eso le da una gran expresividad.

Además de eso, el ensayo duda del método. No cabe duda de que el método es el gran aparato de control del discurso tanto en la ciencia organizada como en la filosofía sistemática. Y el método si en algún lugar está cuestionado de verdad, es justamente en el ensayo. El ensayo convierte el método en problema, por eso es metodológicamente inventivo. El Discurso del Método de Descartes es un ensayo. Lo que ocurre es que luego se convierte en metodología y se fosiliza. Precisamente porque el método ya está dado y ya no es un problema. Lo peculiar del ensayo no es su falta de método, sino que mantiene el método como problema y nunca lo da por supuesto. Una vez fosilizado, el método es una figura del camino recto. El ensayo sin embargo sería una figura del camino sinuoso, de ese camino que se adapta a la tierra, a los accidentes del terreno. El camino recto es el camino del que sabe previamente a dónde va y traza entre él y su objetivo la línea más corta, aunque para realizarla tenga que pasar por encima de montañas y de ríos. El método tiene la forma de una carretera o de una vía férrea que ignora la tierra. Por el contrario, el ensayista prefiere el camino sinuoso, el que se adapta a los accidentes del terreno. Y, a veces, el ensayo es también, una figura del desvío, del rodeo, de la divagación o de la extravagancia. Por eso su trazado se adapta al humor del caminante, a su curiosidad, a su dejarse llevar por lo que le sale a su encuentro. Y el ensayo es también, sin duda, una figura del camino de la exploración, del camino que se abre al tiempo que se camina. Ese del verso de Machado, del *"caminante no hay camino sino estelas en la mar. Caminante, no hay camino, se hace camino al andar"*. Digamos que el ensayista no sabe bien lo que busca, lo que quiere, adónde va, que va descubriendo todo eso al tiempo que le sale al paso. Por eso el ensayista es el que ensaya, aquél para quien el camino mismo, el método mismo, es propiamente ensayo.

Otra nota de Adorno tiene que ver con que el ensayo no adopta la lógica del principio y del final, ni empieza por los principios, los fundamentos, las hipótesis, ni termina con las conclusiones, o con el final, o con la tesis, o con la pretensión de haber agotado el tema. El ensayista empieza en el medio y acaba en el medio, empieza hablando de lo que quiere hablar, dice lo que a su propósito se le ocurre, y termina cuando se siente llegado al final y no donde no queda ya resto alguno, sin ninguna pretensión de totalidad. Recuerden la cita de

Adorno que he leído antes, eso de “no empieza por Adán y Eva”. Parece una tontería pero a mí me regalaron una vez un libro de historia de la educación que empezaba por Adán y Eva. El primer capítulo, se lo aseguro, era “la educación en nuestros primeros padres”.

El ensayo no procede ni por inducción ni por deducción, ni por análisis ni por síntesis. Su forma es orgánica y no mecánica o arquitectónica, y en eso se parece a las obras de arte, a la música y a la pintura especialmente. El ensayo se sitúa de entrada en lo complejo. Hay una nota muy interesante en el texto de Adorno sobre cuándo una relación de enseñanza-aprendizaje tiene la forma del ensayo. ¿Por dónde empieza un curso? Yo creo que un curso empieza por el medio, siempre se empieza por el medio, siempre se está ya en alguna cosa, dentro de alguna cosa. Y también se acaba por el medio. El texto de Adorno es interesante porque está intentando pensar qué es aprender en filosofía: *“la forma ensayo no se aparta de la actitud de aquél que empieza a estudiar filosofía y tiene ya a la vista de algún modo la idea de ella. Difícilmente empezará esa persona por leer a los escritores más simples cuyo sentido común suele resbalar por los lugares en los que habría de quedarse; sino que más bien empezará a recurrir a los supuestamente difíciles, los cuales proyectan entonces retrospectivamente su luz a lo sencillo. La ingenuidad del estudiante que no se contenta sino con lo difícil, es más sabia que la adulta pedantería que con amenazador dedo exhorta al pensamiento a comprender primero lo sencillo, antes de atreverse con ese otro complejo que es lo que propiamente le atrae. Ese aplazar el conocimiento no sirve más que para impedirlo. Frente a la convención de la comprensibilidad, frente a la noción de verdad como coherente conjunto de efectos, el ensayo obliga a pensar la cosa desde el primer paso con tantas capas y estratos como tiene”*.

El pasaje de Adorno que comentaré a continuación se refiere al tratamiento de los conceptos en el ensayo. La cita es un poco larga, pero creo que no tiene desperdicio: *“del mismo modo que niega protodatos, así también niega la definición de sus conceptos (...). El ensayo asume en su propio proceder el impulso antisistemático e introduce conceptos sin ceremonias, “inmediatamente”, tal como los concibe y recibe. No se precisan esos conceptos sino por sus relaciones recíprocas. Pero en esto se encuentra con un apoyo en los conceptos mismos. Pues es mera superstición de la ciencia por recetas la de que los conceptos son en sí mismos indeterminados y no se determinan hasta que no se definen (...). En realidad todos los principios están previamente concretados por el lenguaje en el que se encuentran. El ensayo parte de esas significaciones de la lengua natural, y siendo como es él mismo esencialmente lenguaje, las lleva adelante. El ensayo querría ayudar al lenguaje en su relación con los conceptos, y tomar a los conceptos, reflejándolos, tal como ya se encuentran nombrados inconscientemente en el lenguaje (...). El ensayo se contrapone a la pretensión de definir. El ensayo carga sin apología con la objeción de que es imposible saber fuera de toda duda qué es lo que debe imaginarse bajo los conceptos. Y acepta esa objeción porque comprende que la exigencia de definiciones estrictas contribuye desde hace tiempo a eliminar, mediante*

fijadoras manipulaciones de las definiciones conceptuales, el elemento irritante y peligroso de las cosas que vive en los conceptos (...). Por eso precisamente toma más seriamente la carga de la exposición". Los conceptos son una elaboración de la lengua natural. Pero la lengua natural vive y sobrevive en el interior del concepto. Es decir, el pensamiento no piensa en el logos, sino en una lengua natural relativamente elaborada. Nadie piensa en esperanto, sino que se piensa en español, o en francés, o en el español de Venezuela o en el español de Sevilla. No hay una lengua pura y el pensamiento no tiene más remedio que pensar en una lengua natural. Lo que ocurre es que sobre la lengua natural actúan ciertas operaciones de control, pero esas operaciones nunca son capaces de eliminar del todo lo que de peligroso e irritante tiene la lengua. El pensador sistemático quisiera pensar sin lengua o inventar desde cero la lengua en la que piensa. Pero el ensayista no hace un fetiche del concepto, no define conceptos, sino que los va precisando en el texto mismo, en la medida en que los despliega y los relaciona. Por eso es tan importante que el ensayo se haga cargo de la forma de la exposición.

La cita de Adorno continúa: *"por eso precisamente el ensayo toma en serio la carga de la exposición si se le compara con los modos de proceder que separan el método de la cosa, y son indiferentes respecto a la exposición del contenido. El cómo de la exposición tiene que salvar, en cuanto a precisión, lo que sacrifica en renuncia a la definición (...). El ensayo urge, más que el procedimiento definitorio, la interacción de sus conceptos en el proceso de la experiencia espiritual. En ésta los conceptos no constituyen un continuo operativo, el pensamiento no procede linealmente y en un sólo sentido, sino que sus momentos se entretajan como los hilos de una tapicería. La fecundidad del pensamiento depende de la consistencia de esa intrincación*". El ensayista no define conceptos sino que va desplegando y tejiendo palabras, las va precisando en ese despliegue y en las relaciones que establece con otras palabras, las lleva hasta el límite de lo que pueden decir, y las abandona a la deriva. El ensayo, nos dice Adorno, no pretende continuidad sino que se complace en la discontinuidad, porque la vida misma es discontinua, porque la realidad misma es discontinua.

El ensayo tiene la forma de comentario de texto. La cita de Adorno es muy interesante, yo por lo menos me sentí un poco reconfortado, dice así: *"astutamente se aferra el ensayo a los textos, como si existieran sin más y tuvieran autoridad. De este modo consigue, pero sin el engaño de un algo primero, un suelo para sus pies*". El ensayo necesita un texto preexistente, pero no para analizarlo, sino para tener un suelo sobre el que correr.

Después de estas notas, que son por una parte características del ensayo y, por otra parte, del modo un tanto brutal como las he comentado, pretenden ofrecer como contrario una cierta imagen de la cultura académica, quería finalmente comentar un par de cosas que dice Adorno respecto a cuáles son los malos ensayos, cuáles son los peligros del ensayo. Parece claro que el fracaso del ensayo no está en el error, sino en la estupidez. El pensamiento metódico

fracasa cuando se equivoca, pero el ensayista fracasa cuando cae en la estupidez, y la estupidez es someterse a la opinión. El ensayo, dice Adorno, está siempre tentado de someterse a los dictados de la moda y del mercado, a ese otro tipo de ortodoxia que no es la ortodoxia académica, pero es la *doxa* del sentido común. Y escribe lo siguiente: el ensayo “*se enreda a veces demasiado celosamente en la organización cultural de la prominencia, el éxito y el prestigio de los productos del mercado*”, y un poco más adelante, “*libre de la disciplina de la servidumbre académica, la libertad espiritual misma se hace servil y acepta gustosamente la necesidad socialmente preformada de la clientela*”.

Otro peligro es que el ensayo produce también un nuevo tipo de intelectual, y un nuevo tipo de aristocracia intelectual. En el mundo académico se construye una cierta arrogancia y una cierta vanidad: nosotros los mejores, los que siempre sabemos qué es pensar de verdad, qué es hacer ciencia de verdad, qué es escribir de verdad. Pero esa aristocracia espiritual puede construirse de otro modo: nosotros los transgresores, nosotros los que transgredimos las normas. Y eso constituye un nuevo tipo de filisteísmo igualmente repugnante, una nueva conformación de esa actitud que consiste en elevarse utilizando para ello la disminución del otro. El filisteísmo actúa siempre que se construye cualquier tipo de aristocracia mediante el desprecio de lo que no es ella. Da igual que sea la aristocracia de la filosofía sistemática o la aristocracia de la transgresión. Entonces, para terminar, una última frase del texto de Adorno que dice lo siguiente: “*los malos ensayos no son menos conformistas que las malas tesis doctorales*”.

¹ Universidad de Barcelona. España.